

hermosos regimientos ligeros y de muchos cuartos batallones á las órdenes del general Partouneaux, las tropas de Berg y de Baden, una nueva división polaca, y además parte de los depósitos de los mariscales Davout y Oudinot, destinados á la custodia de la importante plaza de Magdeburgo. El total se elevaba de treinta y ocho á treinta y nueve mil hombres y debía formar el noveno cuerpo, con el encargo de guardar desde el Elba hasta el Óder la Alemania.

Aun había diez mil hombres de tropas destacadas en plazas tales como Stettin, Custrin, Glogau, Erfurt. En Hannóver había un depósito inmenso de caballería, donde se iban á montar en caballos alemanes nueve mil jinetes que iban á pie de Francia. Napoleón había determinado que parte de los cuartos batallones sacados de España, y algunos sextos batallones de los regimientos destinados á tener seis, formaran un cuerpo de reserva fiado al mariscal Augereau y sumando actualmente treinta y siete mil hombres. Por último había llevado la previsión hasta el extremo de hacer ya partir de los depósitos de quince á diez y ocho mil reclutas, para reparar las pérdidas que resultaren de las primeras marchas y juntarse á sus cuerpos como batallones provisionales, al modo que en las campañas anteriores. Todavía quedaba la división de los pequeños príncipes alemanes, fuerte de cinco mil hombres y una división danesa de diez mil, que Dinamarca, por cuyos intereses habíamos caído en la enemistad de Suecia, se había ofrecido á suministrarlos para el caso en que el príncipe Bernadotte ejecutara sus proyectos de bajar á espaldas del ejército francés. Esta división se hallaba reunida en la frontera del Holstein.

Estos diferentes cuerpos presentaban una nueva masa de ciento treinta mil hombres, destinados á mantener siempre completo el ejército activo, y en aptitud de proporcionar al primer peligro que sobreviniese lo menos cincuenta mil hombres de tropas reunidas y muy buenas, para oponerlas ya á los ingleses, si esta vez cumplían la palabra á sus aliados, ya á los suecos, si su nuevo príncipe realizaba sus amenazas.

Añadiendo al ejército activo de cuatrocientos veintitrés mil hombres este ejército de reserva de ciento treinta mil, algunos destacamentos esparcidos en diversos pequeños puestos en número de doce mil, enfermos debidos en parte al servicio de invierno, que había exigido el mantenimiento vigoroso del bloqueo continental, y sumando actualmente cuarenta mil, se sube á la masa enorme de seiscientos mil y más hombres puestos en movimiento para este formidable conflicto. Se contaban entre ellos ochenta y cinco mil jinetes montados, cuarenta mil artilleros, veinte mil conductores de carros, ciento cuarenta mil caballos de silla ó de tiro; ¡qué esfuerzo de genio administrativo no había sido menester para hacer marchar tantos seres vivos al servicio de la misma causa, sobre todo si se considera que aun quedaban ciento cincuenta mil hombres en los depósitos de Francia, cincuenta mil en Italia, trescientos mil en España, lo cual hacía subir el conjunto de nuestras fuerzas á más de un millón y cien mil hombres bajo la mano de un solo jefe! ¡Pero qué peligro también el de que esta inmensa máquina, tan artificialmente construída, se rompiera de pronto, si un descalabro ó un accidente físico llegaban á imprimirla un sacudimiento! Entonces,

á semejanza de esos poderosos aparatos, maravillas de la ciencia moderna que marchan en irresistible conjunto mientras están en armonía sus resortes, pero que, si esta armonía cesa un momento, caen en un desorden que no es capaz de reparar mano humana, podía desmoronarse con estruendo espantoso y cubrir el continente con sus ruinas. ¡Y cuántas razones para temerlo al considerar la composición de esta enorme máquina de guerra! Trescientos mil franceses, cincuenta mil polacos, veinte mil italianos, diez mil suizos, los cuales sumaban cuatrocientos cincuenta mil soldados, con quienes se podía contar de seguro, no excediendo á pesar de todo sus fuerzas físicas y morales; finalmente ciento cincuenta mil prusianos, bávaros, sajones, wurtembergueses, westfalianos, holandeses, croatas, españoles y portugueses, detestándonos la mayor parte, mezclados á la verdad entre nuestros soldados con habilidad infinita, de manera de arrastrarles en cierto modo por el torrente de la buena voluntad general; tal era este increíble montón de fuerzas, que era forzoso admirar como prodigio del arte, pero admirar temblando, porque independientemente de su composición tan variada, esta masa avanzaba del Rin al Niemen sobre un suelo sembrado de odios, llevaba consigo un inmenso material y una multitud de animales, entre los cuales el más leve disturbio podía ocasionar un desorden horroroso, de que no lograría triunfar ni el mismo genio que había formado tan prodigioso conjunto.

Napoleón estaba, pues, en vísperas del triunfo supremo de su arte, ó de la confusión de este arte llevado al exceso, en vísperas de la dominación universal ó de una catástrofe espantable sin ejemplo en la historia. Y desgraciadamente no tenía por excusa el odio patriótico y hereditario que devoraba el corazón de Aníbal, porque el sentimiento que le arrastraba no era otro que la ambición más desapoderada que haya echado raíces en el corazón de un hijo de la fortuna.

Su primer cuidado debía ser llevar de España, de Italia, de Francia, de la Alemania meridional hasta las fronteras de la Polonia aquella multitud de hombres, moverlos con orden, con miramientos, de manera que no les agobiara la fatiga, ni se cubriera el camino de enfermos y de rezagados, de manera sobre todo que no se causara una emoción demasiado fuerte á los rusos, y no se les provocara, como ya se ha dicho, á invadir la Polonia y la Vieja Prusia. Napoleón aplicó á estos fines cuanto pueden sugerir la astucia y el arte.

Ya hemos indicado su proyecto de operar todo su movimiento bajo la égida del mariscal Davout, que, casi presente en los lugares, pues se hallaba presente entre el Elba y el Óder, sólo necesitaba hacer diez ó doce marchas para plantarse junto al Vístula con la masa imponente de ciento cincuenta mil hombres, y estar en aptitud de contener á los rusos, si la necesidad lo requiría. Detrás de él debían avanzar sucesivamente todos los cuerpos, á fin de tomar posición junto al Vístula. Como se ha visto, ya había expedido Napoleón las órdenes precisas al ejército de Italia, que tenía que tener la mayor distancia para llegar á incorporarse á las tropas juntas en Alemania. Cuando el primer movimiento de este ejército, fijado para el fin de febrero se descubriera, proponíase Napoleón trasladar en los primeros días de marzo al mariscal Davout junto al Óder, á los sajones

un poco más allá hasta Kalisch para que se pudiesen unir más pronto á los polacos, hacer avanzar al mismo tiempo en segunda línea á Oudinot sobre Berlín, á Jerónimo sobre Glogau, á Ney sobre Erfurt, y mandar en seguida que hicieran alto hasta fines de marzo, para dar tiempo á que á todos sus cuerpos se les juntara su cola y especialmente su multitud de carros. Otra vez quería Napoleón poner en movimiento el 1.º de abril sus masas, trasladar á Davout hacia el Vístula entre Thorn y Marienburgo, juntar sajones y polacos en torno de Varsovia, los westfalianos de Jerónimo en Posen, y establecer después siempre en segunda línea, junto al Óder, á Oudinot en Stettin, á Ney en Francfort, al príncipe Eugenio con sus italianos y los bávaros en Glogau. La guardia y los parques estaban destinados á formar una tercera línea entre Dresde y Berlín. Ocupados todos estos puntos, se debía hacer hasta el 15 de abril otro nuevo alto, y emprender el movimiento este día, quedando Davout personalmente en Dantzick junto al bajo Vístula, para acabar allí la preparación del material, y avanzando la segunda y tercera línea hacia el Vístula, y estableciéndose allí en el orden siguiente: los prusianos á vanguardia entre Elbing, Pillau y Königsberg (lo cual no podía dar lugar á ninguna observación de parte de los rusos, puesto que los prusianos estaban en su casa), las tropas de Davout detrás entre Marienburgo y Marienwérder, las de Oudinot en Dantzick, las de Ney en Thorn, las del príncipe Eugenio en Ploch, los polacos, los sajones, los westfalianos en Varsovia, la guardia en Posen. Napoleón deseaba que se permaneciera en esta posición la mayor parte del mes de mayo, y que se ocupara este tiempo en reunir los hombres y el material que se hubieran quedado á retaguardia, en echar puentes sobre los diversos brazos del Vístula, en organizar la navegación del Frische-Haff, en aprestar para sus numerosos carros los caballos y bueyes de Prusia, en completar los almacenes con sus vituallas, en terminar la remonta de la caballería con sus caballos. Últimamente, llegado el mes de junio y brotada ya la hierba en los campos, había que avanzar entre Königsberg y Grodno y cruzar el Niemen del 15 al 20 de junio.

Dadas fueron las instrucciones de Napoleón á tenor de este plan. El príncipe Eugenio recibió orden de atravesar el Tirol con el menos ruido posible y bastante de prisa para estar en Ratisbona á principios de marzo. A los generales bávaros se previno que estuvieran prontos para incorporarse al príncipe Eugenio en el mismo punto y la misma fecha; Ney, Jerónimo, Oudinot, debían ponerse desde luego en línea con la derecha procedente de Italia. Cuando se descubrieran estos diversos movimientos, había de lanzar el mariscal Davout, á tenor de sus instrucciones, la división de Friant hacia la Pomerania sueca, para castigar á Suecia por su conducta, de impulsar á sus demás divisiones hacia el Óder desde Stettin á Custrin, de hacer que los prusianos ocuparan á Pillau y los demás puntos que cubren la navegación del Frische-Haff, de darse la mano por medio de su caballería con los polacos á la parte de Varsovia, y de no detenerse, si contra todas las verosimilitudes, tomaran la ofensiva los rusos, y de marchar contra ellos en derechura, rechazándolos más allá del Niemen. Por preparados que pudieran estar los rusos, el mariscal Davout, con los ciento cincuenta mil hombres

de que disponía, estaba en aptitud de libertar de sus estragos las ricas cosechas de Polonia y la Vieja Prusia.

Arreglado así todo, Napoleón quiso añadir las precauciones diplomáticas á las precauciones militares, con el fin de evitar que los rusos tomaran súbito la iniciativa. Ya con sus frialdades y su calculado silencio, se había ahorrado la misión de Mr. de Nesselrode. Hasta podía temer el salir tan airoso en esto, pues haciendo la guerra demasiado segura, cabía que el emperador Alejandro desistiera de su sistema de contemporizaciones. A fin de contrarrestar este peligro, hizo dirigir á Mr. de Lauristón, por un correo seguro, un despacho muy detallado y de consiguiente muy secreto, en que el plan se descubría del todo; en que la marcha del príncipe Eugenio, la del mariscal Davout y la de los demás cuerpos franceses estaban expuestas á las claras; en que se explicaba que el objeto de todos estos movimientos era trasladarse junto al Vístula, hacer allí asiento, extenderse de seguida hacia Elbing y Königsberg, para salvar de manos de los rusos los ricos graneros de Polonia y la Vieja Prusia. Se decía que, para lograrlo, era menester ganar tiempo á toda costa, é impedir que los rusos, fuertemente provocados, llegasen á devastar el país de donde se quería sacar una parte de los recursos; que, con esta mira, se necesitaba que, al ser conocido el movimiento del ejército de Italia, como que lo había de emprender antes que otro alguno, se negara absolutamente, conviniendo no obstante en la marcha de algunos conscriptos toscanos y piamonteses, enviados más allá de los Alpes para unirse á sus cuerpos en Alemania; que luego, cuando ya no fuera posible la negativa, se necesitaba confesar la noticia de la concentración del ejército francés junto al Óder, pero añadiendo que esta concentración no implicaba necesariamente la guerra, como tampoco la implicaba la concentración de los rusos junto al Dwina y el Dnieper; que, avanzando hasta el Óder, estaba lejos el ejército francés de operar un movimiento igual al operado por el ejército ruso; que la dignidad del emperador Napoleón le imponía la obligación de no quedarse detrás del emperador Alejandro; que si acontecía que el ejército francés avanzase algo más allá del Óder, sería sólo para tomar una posición que correspondiera exactamente á la del ejército ruso; que la intención formal de Napoleón era siempre negociar, no combatir, pero que negociando quería conservar una actitud proporcionada á su poderío.

En este despacho se prevenía á Mr. de Lauristón que usara un lenguaje tan tranquilizador como fuera posible; que inculcara á los rusos la idea de una negociación armada y no de una guerra decidida; que hasta se volviera á pedir la misión de Mr. de Nesselrode, como si se sintiera que no se hubiese verificado, y se insistiera en que se tornase á este proyecto; que se ofreciera, si los ánimos se inflamaban demasiado en San Petersburgo, una entrevista de los dos emperadores junto al Vístula, cuidando sin embargo de no apelar á este arbitrio hasta el último extremo, pues en todo se pensaba en París menos en que la tal entrevista se realizase, y sólo se tiraba á ganar tiempo, con el fin de llegar al Niemen antes de que lo cruzaran los rusos. Últimamente se autorizaba á Mr. de Lauristón para contraer el compromiso de detener al ejército francés junto al Vístula, si era forzoso contraerlo para precaver hostilidades prematu-

ras, si bien dándose aires de negociador que, por su deseo ardiente de la paz, se excedía de sus instrucciones, y si á pesar de todos estos artificios no se lograba impedir el paso del Niemen, Mr. de Lauristón debía anunciar al punto la guerra, la guerra inmediata, pedir sus pasaportes y obligar á las legaciones de las cortes aliadas á pedir los suyos. Pero se recomendaba particularmente á Mr. de Lauristón que lo pusiera todo por obra para evitar un estallido tan subitáneo y tan opuesto á las miras del emperador.

Se podía contar con el celo de Mr. de Lauristón para evitar una ruptura, bien que se le revelaba claramente que el único resultado de sus esfuerzos sería aplazarla. Pero, deseando ardientemente impedirla, debía tenerse por felicísimo de lograr retardarla á lo menos. Sin embargo, temeroso Napoleón de no conseguir su designio, quiso recurrir todavía á un medio más directo sobre el emperador Alejandro. Entonces tenía á su lado á Mr. de Czernicheff, empleado en frecuentes misiones de San Petersburgo en París, con numerosas relaciones en la corte de Francia, muy complacido y con arte para agradar, y habiendo abusado de las libertades que se le permitían hasta el extremo de corromper á uno de los principales oficiales del ministerio de la Guerra. Se empezaba á traslucir este hecho, mas no era ocasión de un estallido. Así, pues, Napoleón imaginó enviar á Mr. de Czernicheff á San Petersburgo, para protestar cerca de Alejandro de sus pacíficas intenciones; que Napoleón ignoraba lo que de él se quería; que no armaba más que porque se armaba en su contra; que sólo deseaba las condiciones de Tilsit; y que si, en vez de pasarse á cuchillo, se prefería explicarse, pronto estaba á cambiar una negociación por la guerra.

Para tentar este paso, nada conforme á la actitud tomada respecto de Rusia, Napoleón tenía un pretexto bastante natural. En sus últimas expansiones con Mr. de Lauristón, considerando el emperador Alejandro y el canciller de Romanzoff como cosa decidida la guerra, é indagando el motivo que podía tener Napoleón para desearla, dijeron que sin duda Polonia era la que les ocasionaba esta nueva contienda; que no hallando completa Napoleón la creación del gran ducado de Varsovia, había determinado reconstruir la Polonia del todo; que este era evidentemente el deseo que en lo íntimo del corazón alimentaba, y el que había dictado la negativa á firmar la convención propuesta en 1810. Transmitiéndolo Mr. de Lauristón todo con exactitud extremada, en sus despachos más recientes había comunicado esta conjetura del emperador Alejandro y de su ministro. Tanto bastaba para proporcionar á Napoleón la coyuntura de su paso, pues debía apresurarse á negar la intención que se le atribuía.

Moraba en el palacio del Elíseo, adonde había ido á establecerse á pesar de estar frío y húmedo, como deshabitado durante largo tiempo. Allí había contraído una indisposición fuerte y no podía hablar sino con trabajo. Sin embargo, platicó á la larga con Mr. de Czernicheff en un tono de hombría de bien y de donaire, de que sabía usar oportunamente y siempre con gran fruto. Le dijo que por sus últimas noticias de San Petersburgo veía que sobre sus proyectos se forjaban ideas absolutamente falsas; que se le atribuía la intención de reconstruir la Polonia, y que á este designio se achacaban sus

aprestos militares; que era un error craso; que de ninguna manera pensaba en la reconstitución de la Polonia; que ni ilusión ni reticencia abrigaba acerca de la posibilidad de empresa semejante; que, si en ella hubiera pensado seriamente la ensayara en 1807 y 1809, y que, no habiéndola intentado entonces, claro era que no creía deberla llevar á remate; que si en 1810 se había negado á la convención, por la cual le exigía el emperador Alejandro que se comprometiera á no restablecer jamás la Polonia, fué tan sólo porque la forma del compromiso, que se trataba de imponerle, se resentía de deshonrosa, y no porque alimentase el pensamiento que se suponía; que le interesaba que sobre esto no se engañase la corte de San Petersburgo, ni se forjase quiméricos temores; que la única razón para sus armamentos estribaba en que creía ver á Rusia cambiar en aquel momento de alianza, y pasarse del campo francés al campo inglés con armas y bagajes; que el ruido hecho de resultas de lo del ducado de Oldemburgo, el ukase de 31 de diciembre de 1810 relativo á las manufacturas, la introducción en los puertos rusos del pabellón americano, y finalmente los armamentos rusos, llevados hasta el extremo de retirar sus tropas de Turquía y de exponerse á una derrota, habían sido á sus ojos convincentísimas señales de un cambio radical de disposiciones por parte del emperador Alejandro, y que de resultas se había puesto en guardia, y emprendido los armamentos de que era testigo la Europa; que á mayor abundamiento se podía reparar el daño; que en Tilsit se había concluído la paz cuando Alejandro le dijo que aborrecía á los ingleses; que todo fué fácil desde que hizo esta declaración terminante, y que ya nada le disputó de lo que deseaba; que la situación era exactamente la misma; que la paz ó la guerra dependían de las verdaderas disposiciones del zar; que si se quería avenir con la Inglaterra, necesario era prepararse á la guerra inmediata; que si por el contrario quería mantenerse en formales hostilidades con ella, cerrarle sus puertos, ayudar á Napoleón á reducirla por medio de la prohibición de todo comercio, no había más que explicarse, y no sólo la paz sería salvada, sino que la intimididad más perfecta quedaría restablecida.

Repitiendo Napoleón su eterno tema sobre el restablecimiento fraudulento de las relaciones mercantiles de Rusia con Inglaterra, Mr. de Czernicheff repitió el tema ruso, y nada nuevo se dijo por una parte ni por otra. Pero Napoleón trató de producir en el ánimo de Mr. de Czernicheff la impresión que la guerra no era inevitable, que distaba mucho de ser para él resolución fija, y que una explicación de las dos potencias armadas, la una junto al Niemen, la otra junto al Vístula, podría arreglarlo todo. De nada más necesitaba, pues en tanto que Rusia conservara la esperanza de salvar la paz, se abstendría de toda agresión y no pasaría el Niemen, aunque se adelantaran hasta el Vístula los franceses. Efectivamente, Napoleón produjo impresión grande en el ánimo de Mr. de Czernicheff y le hubiera persuadido del todo, si éste no recibiera algunas horas antes de las oficinas de la Guerra pruebas seguras de la actividad de nuestros preparativos, preparativos tan vastos y tan precipitados que era imposible conciliarlos con la idea de una demostración militar sencilla y destinada á apoyar las negociaciones.

Sin embargo, Mr. de Czernicheff partió menos convencido de la inminencia de la guerra que lo hubiera estado sin esta entrevista y con una carta del emperador Napoleón para el emperador Alejandro, carta cortés, amistosa, pero altanera, comprometiéndole á Alejandro á creer todo lo que Mr. de Czernicheff le dijera de su parte, y repitiéndole que por mucho que avanzasen uno y otro en aprestos de guerra, si se quería, todo podría acabar como entre amigos.

Aquel mismo día Mr. de Bassano dirigió á Mr. de Lauristón un nuevo despacho, que descubría las intenciones de Napoleón por completo. «Vuestro deber, le decía, es acreditar constantemente las más pacíficas disposiciones. Tiene interés el emperador en que puedan sus tropas avanzar poco á poco hacia el Vístula, tomar allí descanso, establecerse, fortificarse, formar cabezas de puente, y por último poner de su parte todas las ventajas y asegurarse la iniciativa de los movimientos.

»Bien ha tratado el emperador al coronel Czernicheff, pero no os ocultaré que este oficial ha empleado su tiempo en París en intrigar y sembrar la corrupción. Lo sabía el emperador y le ha dejado hacer, agradándole que estuviese enterado de todo. Realmente los preparativos de S. M. son inmensos, y no puede menos de ganar en que sean conocidos...

»Sin duda el emperador Alejandro os enseñará la carta que le ha escrito S. M., y que es muy sencilla...

»No piensa el emperador en una entrevista; ni se cuida tampoco de una negociación que en París no se ha de llevar á cabo. Ninguna confianza tiene en una negociación cualquiera, á no ser que los cuatrocientos cincuenta mil hombres que ha puesto en movimiento (sólo aludía aquí al ejército activo) y su inmenso aparato induzcan á hacer serias reflexiones al gabinete de San Petersburgo, y le traigan sinceramente al sistema que en Tilsit fué establecido, y no vuelva á colocar á la Rusia en el estado de inferioridad en que se hallaba entonces. Vuestro objeto único, señor conde, debe ser ganar tiempo. Ya la cabeza del ejército de Italia está en Munich, y el movimiento general se descubre por todas partes. Sostened en toda ocasión que si estalla la guerra, sólo de Rusia será la culpa; que los asuntos de Polonia no entran por nada en las determinaciones de S. M.; que no se propone otro fin que el restablecimiento del sistema, al cual ha dado harto á entender Rusia que deseaba renunciar con sus armamentos y sus pasos.»

Este despacho explicaba la verdadera idea de Napoleón, idea de dominación universal y suprema, especialmente respecto de Rusia, á la cual pensaba reducir al estado de inferioridad en que se hallaba al día siguiente de Friedland, en que no había cesado de hallarse, en que hasta se avenía á continuar un día y otro, puesto que le dejaba hacer todo cuanto quería en Europa, pero inferioridad que ella no se conformaba á que fuera tan manifiesta, ni mercantilmente tan perjudicial como él exigía. Y á la verdad bien había para contentarse con tal sumisión de parte de una potencia, que era entonces la primera del continente después de Francia, y de seguro igual á Inglaterra en Europa.

Seguidamente Napoleón se trasladó á Saint-Cloud con toda la corte, aunque la estación fuese todavía rigurosa, pues se estaba á fines de marzo: trasladóse allí por un motivo que, en medio de su omnipotencia, debe

parecer bien extraño; era por evadirse de las murmuraciones del pueblo, que aún no había experimentado, pero que se hacían oír por todas partes, y amenazaban estallar hasta en su presencia. Tiempo hacía que en el pueblo de París no era ya común esta osadía de quejarse, y revelaba la intensidad de sus padecimientos, que provenían de muchas causas, la carestía, la quinta, el llamamiento de guardias nacionales, y por último la guerra, que ocasionaba ó agravaba todos estos males.

Una espantosa sequía, que se había prolongado todo el verano de 1811, mezclándose además horribles tempestades en algunas comarcas, había destruído la cosecha de cereales casi en toda Europa, produciéndose no obstante vinos excelentes, conocidos con el nombre de *vinos del cometa*. Mala había sido la cosecha hasta en Polonia, sin producir la carestía á pesar de todo, gracias á las cosechas anteriores engranadas y no vendidas, pero sin poner término á la miseria resultante de la carencia de mercados. En Alemania, en Francia, en Italia, en Inglaterra, en España, había sido inmenso el estrago de cereales. En Francia los trigos habían subido á 50, 60 y 70 francos el hectólitro, precio muy superior al que hoy representaría este propio guarismo. Ya el pueblo no tenía más espera, y en muchas localidades perturbaba el comercio, detenía los carros, invadía los mercados, clamaba contra los acaparadores, y con su ordinaria ceguera procedía así contra sus verdaderos intereses, pues era causa de que el género se ocultara, no saliera al mercado y aumentara de precio, no sólo en proporción de su escasez efectiva, sino también de su escasez aparente.

A pesar de ser Napoleón enemigo de las doctrinas revolucionarias (y designamos de este modo, no los puros y nobles principios del 89, sino las opiniones insensatas, nacidas de la exaltación de las pasiones populares), á pesar de ser enemigo Napoleón de estas doctrinas, á ellas tornaba poco á poco, dejándose arrastrar como en todas las cosas más allá de los límites de la razón. Enemigo del regicidio, víosele en un día de cólera mandar fusilar al duque de Enghién; amargo censor de la constitución civil del clero, tenía al papa cautivo en Savona; desaprobador severo de las violencias del Directorio, tenía á la sazón atestadas las cárceles de detenidos por causas religiosas; despreciador de la política revolucionaria, que había suscitado la guerra en todas partes, se hallaba en guerra con toda Europa por colocar á sus hermanos en la mayor parte de los tronos del Occidente; finalmente, habiendo perseguido con sus sarcasmos los principios administrativos de 1793, tales como el máximun y los rigores comerciales respecto de América, acababa de crear en la Europa entera con su legislación sobre los géneros coloniales el sistema de comercio más extraño y más violento que puede imaginarse. Bajo este último aspecto su guerra al comercio inglés le podía servir de excusa por los graves efectos que producía. Pero respecto de cereales, estrechado á huir de las murmuraciones del pueblo, á descargar su política de toda conexión con la carestía de los comestibles, á adular en suma á las masas, á las cuales hacía sufrir por tantos lados, formó un consejo de subsistencias, compuesto del ministro de lo Interior, del director general de abastos, de los consejeros de estado, Real y Dubois, de los prefectos del Sena y de policía, y por

último del archicanciller; y allí sostenía doctrinas indignas de su razón elevada, hablando nada menos que de tasar los granos, y de fijar su precio á voluntad de las administraciones locales. Fundábase en el hecho de que los propietarios y los colonos abusaban de la estrechez del pueblo para subir los precios sin medida, lo cual era exacto y deplorable, pero no podía ser corregido ni reparado por una tarifa arbitraria, porque no hallándose suficientemente pagados los poseedores de cereales, cesarían de abastecer los mercados, guardarían en sus casas los granos que venderían aún á precios más subidos, harían nacer entre el pueblo la tentación del pillaje, y provocarían así desórdenes mucho más trascendentales que aquellos á que se procuraba poner coto.

El príncipe archicanciller Cambaceres había resistido las falsas teorías de Napoleón, y hasta ahora le había hecho desistir de ceder á su primer impulso. Pero no debía continuar victorioso por largo tiempo, sobre todo relativamente al abastecimiento de París. Más numeroso, más sensible el pueblo de la capital que otro alguno, situado más cerca de los oídos de los soberanos, tiene el privilegio de conmoverlos más y ocuparlos más asiduamente. Napoleón había empleado muchos años y muchos millones en crear en París una reserva de granos y harinas de quinientos mil quintales, que la administración de lo interior había dejado bajar á trescientos mil, cuando, distraída por otras atenciones, descuidó esta. No se podía pues abaratar el precio, derramando en el mercado de la capital las cantidades acumuladas por el Estado. Lo que faltaba más no era el grano, sino la molienda. En vez de los treinta mil sacos diarios de harina que se había proyectado tener para presentar cotidianamente en la alhóndiga una cantidad bastante, no se juntaban más que diez y siete mil á lo sumo, y esto no bastaba para mantener á 70 ó 72 francos el precio del saco de harina, que propendía á subir á 120, al precio del cual no se quería que se excediera; no quedaba otro arbitrio que el de resignarse á surtir á París del todo, siendo su consumo diario de mil quinientos sacos de harina, y para conseguirlo, se necesitaba, no sólo agotar la reserva de granos, sino emplear medios extraordinarios con el fin de que se moliera. Poco escrupuloso Napoleón en los medios al tratarse de aplacar el hambre del pueblo de París y de impedir que atribuyese sus padecimientos á la guerra, hizo requerir á todos los molinos del contorno, moler los granos de autoridad, y prohibir las compras de granos que se hacían en torno de la capital para Nantes y otras ciudades. No logrando, ni aun con sus proceder violentos, moderar el alza, que era tanto más fuerte cuanto más se segregaba el comercio, otorgó una indemnización á los tahoneros, para resarcirles de la diferencia entre el precio á que les obligaba á vender el pan y el precio efectivo que este pan les costaba. Se repartieron también de orden suya, y esto era más legítimo, sopas gratuitas, siempre con el objeto de hacer callar, á expensas del resto de Francia, á aquel pueblo de París tan próximo al soberano y tan temido. Y entretanto amenazaba con no pararse en estas providencias, y hablaba de tasar los granos, si aumentaba la carestía. Ahora bien; una amenaza de esta especie bastaba para agravar el mal, alejando definitivamente la intervención del comercio.

La formación de las cohortes de la guardia nacional era otra de las causas de sufrimiento y murmuraciones. No parecería creíble, y sin embargo es verdadero, que Napoleón lleno de la idea de su poderío hasta el extremo de provocar sin necesidad un nuevo conflicto en Europa, estaba asediado por el pensamiento vago, confuso, pero incesante de un gran peligro; y que, por ejemplo, sus precauciones en punto de fortificaciones se fundaban todas en la probabilidad de una invasión del territorio de Francia, prueba de la deplorable lucha que la pasión y el genio sostenían dentro de su alma. Iluminándole á ratos el genio, bien que arrastrándole la pasión habitualmente, no caminaba á su objeto fatal menos en derechura, agitado á veces, más nunca retenido. En semejante situación de ánimo había discurrido que no bastaba con cierto número de cuartos batallones, incompletísimos al ser retirados de España, completados en Francia con parte de la quinta de 1812 y destinados á crear entre el Rhin y el Elba una poderosa reserva; que no bastaba con que ciento treinta quintos batallones formaran, según se ha visto, los batallones de depósito, llenos con los quintos de 1811 y de 1812, y constituyendo otra reserva de las más imponentes en lo interior del imperio, y había querido añadirles ciento veinte mil hombres efectivos, sacados á título de primer llamamiento de la guardia nacional, organizados en cohortes, y tomados de los mozos sorteados en las quintas de 1809, 1810, 1811 y 1812, á treinta mil hombres de cada una. Para persuadirles de que no eran más que guardias nacionales, se les prometió que no saldrían de sus departamentos, más no lo creían de ningún modo, y se consideraban simplemente como conscriptos de los cuatro años anteriores, libres de toda obligación según las leyes, y á pesar de todo reclamados nuevamente para ser enviados al matadero, según á la sazón se decía. Así esta última providencia, cuya utilidad era desgraciadamente positiva, aunque no palpable, y que demostraba en cuánto peligro había puesto Napoleón su existencia y la nuestra, produjo una irritación general en Metz, Lila, Rennes, Tolosa y otras grandes ciudades de Francia. En casi todas ellas hubo verdaderos motines. Hasta en París los estudiantes, animados comunmente de sentimientos belicosos, expresando ahora las disposiciones pacíficas de la nación con la vivacidad de sus años, lanzaron en las aulas públicas gritos sediciosos contra las nuevas levas de gente y ahuyentaron con violencia á los individuos de policía, calificándolos con el apodo excreado de *soplones*.

Acrecentándose más estos padecimientos de todas clases, Napoleón renovó en los departamentos el uso de las columnas movilizadas para hacer ejecutar las leyes de la quinta. La masa de prófugos, disminuída el año anterior de sesenta mil á veinte mil hombres, había vuelto á subir á cuarenta ó cincuenta mil ahora, de resultas de los llamamientos numerosos hechos en los últimos tiempos. Otra vez se trataba de disminuirlos, capturando unos veinte mil hombres, para llenar los cuadros de los regimientos de las islas. De aquí se habían de originar nuevos vejámenes, nuevos clamores, nuevas causas de irritación. Según se ha referido anteriormente, los militares de las columnas movilizadas se establecían en las casas de las familias de los prófugos, y les exigían alojamiento, comida y dietas de muchos

francos al día, reduciéndolas á menudo á la mayor miseria. Departamento hubo donde se arrancaron de esta suerte sesenta, ochenta y aun cien mil francos á las familias más pobres. Algunos prefectos elevaron reclamaciones, pero los más guardaron silencio, y diéronse á ejecutar la ley á todo trance. Si en Francia, cuya grandeza al menos indemnizaba de tales angustias, se sentían tan vivamente, en los países recientemente conquistados, que en el auge de Francia no podían ver más que un medio de que su esclavitud se perpetuase, produjeron un efecto funesto. En el Haya, en Rotterdam, en Amsterdam hubo motines con ocasión de la quinta. En el Ost-Frise fué asaltado y puesto en fuga el prefecto que dirigía personalmente las operaciones del sorteo. Habiendo intercedido el príncipe Lebrún, gobernador de Holanda, en favor de los delincuentes, se expuso á ser reprendido en áspero tono por su flaqueza. Napoleón quiso que algunos infelices, fusilados con aparato, sirvieran de escarmiento á los que trataran de imitarles; triste escarmiento que les enseñaba á someterse en el instante, para lanzarse contra nosotros cuando se nos viniera encima toda la Europa.

Aun era mayor en los departamentos anseáticos la repugnancia al sorteo de soldados y de marinos, pues si Holanda podía esperar ciertas ventajas de su agregación al imperio, para las ciudades de Brema, de Hamburgo y Lubeck, puertos naturales de Alemania, no había conveniencia alguna en pertenecer á Francia, y así tan ajados estaban sus intereses como sus sentimientos. Se les había asustado, más no sometido, fusilando á un pobre patrón de barco, que había llevado viajeros á Heligoland. De noche se cubría la ciudad de Hamburgo de pasquines injuriosos, que no se daba mano á hacer desaparecer la policía. Como ya hemos dicho, la población toda auxiliaba no sólo la desertión de los alemanes, italianos y españoles á nuestro servicio, sino la de los mismos franceses, y los trataba como amigos tan luego como abandonaban las filas. Les daban albergue de día, les guiaban de noche, les hacían pasar los ríos en barcas, y les daban de comer de balde para que se restituyesen á su patria.

Parcialmente se habían insurreccionado los regimientos anseáticos, compuestos de los antiguos soldados al servicio de Hamburgo, de Brema, de Lubeck, entre los cuales se introdujo cierto número de oficiales franceses. Algunas compañías de estos regimientos, empleadas en guardar las extraviadas playas del mar del Norte, violentando á los oficiales fieles, se apoderaron de las barcas de los pescadores, y se refugiaron á la isla de Heligoland. Necesario fué volver á enviar hacia lo interior al más sospechoso de aquellos tres regimientos, el 129, y colocarle en medio de tropas seguras, bajo la mano del mariscal Davout. Nada se decía que moviese á satisfacción suma respecto de las tropas holandesas, ni de las tropas westfalianas, aunque estas últimas fuesen objeto por parte del rey Jerónimo de no interrumpidas atenciones. En Brunswick, ciudad populosa, echándose de menos á su antiguo duque, hubo una conmoción de la cual salieron maltratados muchos soldados. Intervino el rey Jerónimo para que los delincuentes fueran castigados con menos rigor, á lo que respondió Napoleón con una orden del día, por cuya virtud todo delito cometido contra el ejército francés debía ser juzgado al

punto por comisiones militares compuestas únicamente de oficiales franceses (1).

Trasladándose del Norte al Mediodía del imperio, por ejemplo, á Italia, no se hallaban mejores disposiciones. Ninguna libertad política, poca independencia nacional, un yugo menos desagradable que el de los austriacos, si bien riguroso á su modo, la quinta, las guerras incesantes, la privación de todo comercio, los disturbios con la Iglesia, acababan por convertir en enemigos de Francia á los italianos, que al principio se entregaron á ella como á porfia. Verdad es que en Lombardía, donde el gobierno del príncipe Eugenio se mostraba suave, equitativo, regular, donde por otra parte se reemplazaba al gobierno durísimo del Austria, se gozaba de bastante sosiego; verdad es que en el Piamonte (con excepción de Génova que suspiraba por que se abrieran al fin los mares) todos se iban habituando á Francia, y se le perdonaba algo más que en otros puntos el que fuese tan belicosa; pero en Toscana, donde se tenía horror á la guerra, donde siempre se había vivido bajo un gobierno italiano, suave, prudente, filósofo, donde empezaba á reinar el espíritu de la Italia meridional, donde ejercía el clero cierta influencia; en Roma, donde el pueblo se mostraba inconsolable por haber perdido el papado, donde la antipatía á los soberanos ultramontanos era tan marcada como en la Calabria, el odio tan poco simulado allí como en el resto del imperio, una derrota podía dar margen á un general levantamiento. Para producirlo bastaba que se presentase la más reducida tropa de ingleses.

Estos sentimientos, divulgados en tan diferentes países, sin duda no eran repercutidos por el espejo de la publicidad cotidiana, que, aumentando los objetos, obliga á verlos hasta á aquellos que los quisieran pasar por alto; para sí los abrigaba cada uno, pero, al saber por las relaciones de comerciantes y de viajeros, que en tal ó en cual provincia se experimentaban las mismas angustias, echaba más raíces el odio, y arreciaba la tempestad sin ser descubierta. Ciertamente Napoleón tenía sobrada tensión de espíritu para que se le escondiera semejante estado de cosas; pero, lejos de deducir que había necesidad de no agravarlo con una nueva guerra, lejos de raciocinar como á la vuelta de la campaña de Wagram, cuando pensó un instante en dar la paz á la Europa y calmarla del todo, deducía que era urgente la guerra de Rusia, á fin de comprimir los levantamientos próximos á estallar en 1812, según lo había hecho en 1809. Después de conquistadas la paz y la dominación universal, se ocuparía en dulcificar su gobierno, y en hacerlo cómodo para los pueblos tras de haberlo hecho tan glorioso. Raciocinaba pues al modo de ciertos corazones avezados al vicio, conociendo que era menester dejarlo, deseándolo sinceramente, bien que dilatándolo de día en día, de suerte que para ellos acaba la existencia antes de que hayan tenido tiempo de enmendarse. Sólo era sensible Napoleón á los clamores de París, á los gritos del hambre popular que vibraban en sus oídos, y por esta razón se había ido á Saint-Cloud á buscar no menos que con un mes de anticipación la primavera.

A pesar del servilismo creciente en torno suyo, y que

(1) Todo lo precedente está extractado de la correspondencia del mariscal Davout, y de los partes de policía del duque de Rovigo. (N. del A.)